

1

Que a los robots les encantan las antenas de televisión es algo que todo el mundo sabe. Bueno, o eso creía yo. A veces uno da por hecho cosas que luego resulta que nadie sabe, como que la tortilla francesa no se inventó en Francia o que una jirafa puede limpiarse las orejas con su propia lengua. Eso pasa con los robots. Esas máquinas de ciencia ficción creadas por el hombre que son capaces de cualquier cosa.

La verdad es que me gustan mucho los robots, de todo tipo. He visto algunos en muchas películas en casa del abuelo. Sí, a mi abuelo le

gustan esas películas. Los domingos, después de comer, nos sentamos juntos en el sofá y me pone una película de ciencia ficción. Hay una muy chula en la que unos alienígenas vienen a la Tierra y los humanos tienen que luchar para evitarlo. El día que la vimos, el abuelo se quedó dormido al final, pero yo no podía despegar los ojos de la pantalla. Luego vino la abuela y despertó al abuelo con un café caliente. Le encanta. A mí me dio un chocolate.

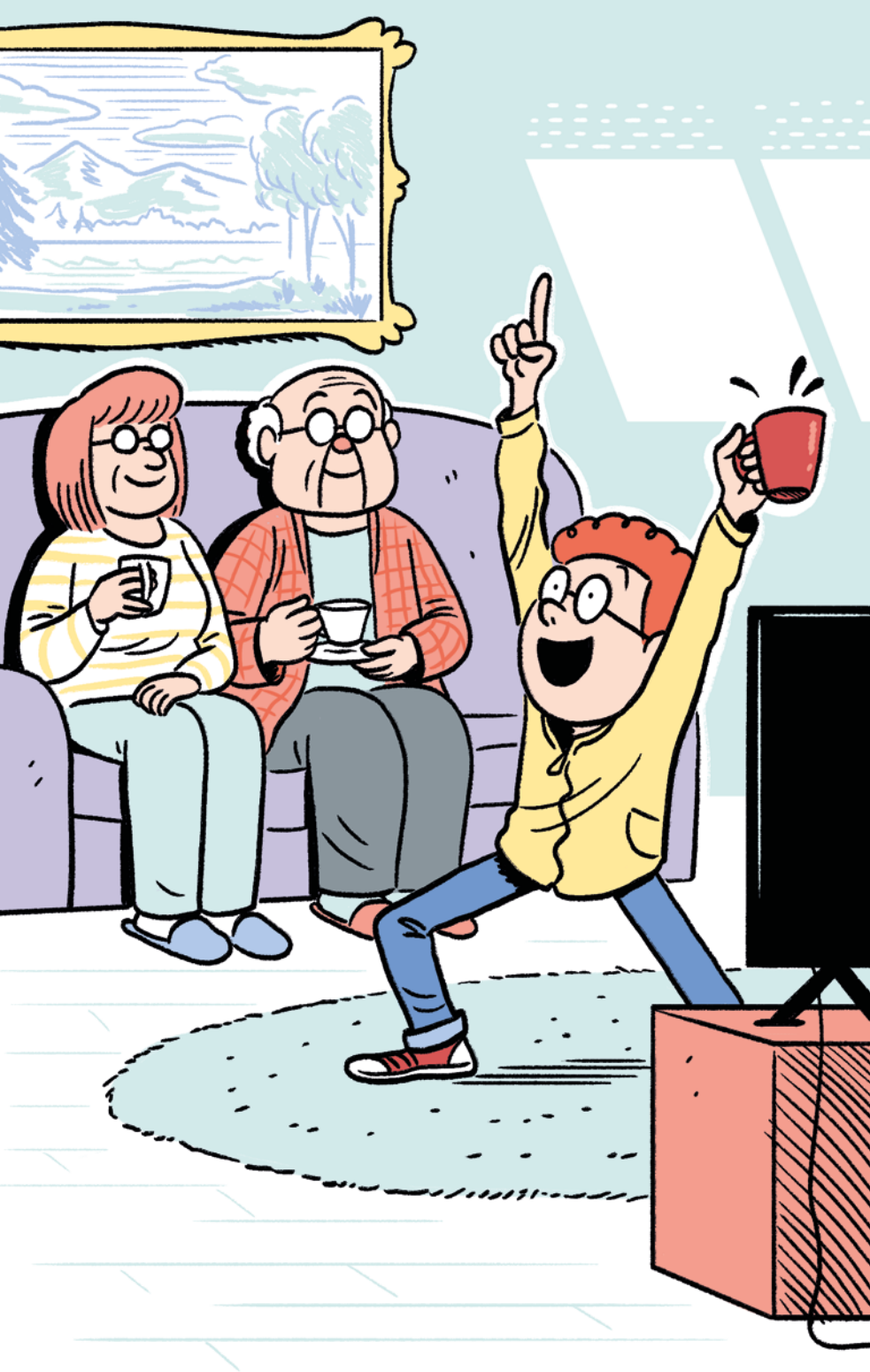
—¿Cómo termina la historia? —me preguntó el abuelo.

—¡Oh!, pues no te lo vas a creer. Los alienígenas son invencibles, nada puede con ellos.

—¿Ni una bomba atómica?

—¡Nada! —le dije entusiasmado, y casi tiré el chocolate. Bueno, sin casi, porque unas gotas cayeron sobre la alfombra. La abuela me miró un momento, me sonrió y siguió leyendo su revista de punto—. Perdón, abuela.

—Bueno, pero entonces, ¿cómo termina la película? ¿Matan a los alienígenas?



—Con los virus.

—¿Los virus?

—Sí, ¿te lo puedes creer? Los alienígenas no pueden soportar un simple virus o un catarro. Así que se van muriendo.

—Claro, claro —dijo el abuelo, y se quedó un rato pensativo—. Si fueran robots, no podrían.

—¿Cómo? ¡Robots!

—Claro. Si en lugar de a alienígenas, hubieran atacado a unos robots... Los robots no pueden tener catarro o fiebre.

—¡Guaaaau! Abuelo, eres genial.

—Yo una vez tuve un catarro que me duró un año —contó la abuela de repente.

—¡Hala! ¿En serio? —le pregunté.

—Sí, fue terrible, pero en ese momento me prometí a mí misma que nunca más me enfermaría. Y ya me ves, aquí estoy sin un catarro desde hace más de diez años.

—Eres genial, abuela.

—Eso demuestra que no eres una alienígena —sentenció el abuelo.

—¡Casimiro!, no digas tonterías —dijo la abuela riéndose.

Luego estuvimos un buen rato hablando de los robots que existían y de cómo caminaban. Interpreté delante de ellos varios gestos de robot.

Pero el domingo en que comenzó todo fue algo distinto. En realidad, habíamos terminado de comer y en la televisión echaban una de esas películas en blanco y negro que a la abuela tanto le gustan. Aparecía un chico cantando algo de doce cascabeles que tenía su caballo... La verdad es que la abuela se lo pasa pipa viendo a esos actores tan antiguos. El abuelo dice que ese es el momento de la abuela y que nadie puede interrumpirla. Cuando ocurre eso, el abuelo trae una manta y los dos nos acurrucamos en el sofá, y siempre decimos:

—Abuela, hoy nos mantendremos despiertos contigo toda la película.

La abuela no dice nada, nos mira como ella a veces lo hace y sigue viendo la película. A los

pocos segundos tiene que empezar a chistar para hacer que dejemos de roncar. Es muy gracioso. Luego, después de un buen rato, el abuelo, que siempre se despierta antes que yo, prepara un café. Bueno, para mí un buen chocolate. Pero aquel día fue diferente. Sí, el abuelo me despertó también, pero era por algo muy distinto. Esa vez no traía un chocolate.

Yo estaba soñando que unos cacos me perseguían por un callejón y luego me ponía a cantar. Una supertontería. En el sueño, de repente, todo comenzó a temblar. El suelo, las paredes, mis piernas, mis brazos...

—Despierta, Billy, despierta, vamos —dijo el abuelo. Me había zarandeado con todas sus fuerzas, pues estaba profundamente dormido.

—¿Qué ocurre?

El abuelo y la abuela miraban la televisión algo preocupados. El señor de las noticias hablaba muy serio:

«Sí, señores y señoras, como lo oyen. Unos robots gigantes han llegado a la ciudad esta

tarde. Parece que pertenecen a la empresa Affinity Robótica. Esta empresa se dedica a la construcción de robots para mandarlos al espacio. Pero algo increíble ha ocurrido, señores. Los robots parecen haber escapado del laboratorio. No se sabe cómo ni por qué, pero estos robots parecen buscar algo».

—¿Habéis oído? —preguntó el abuelo—. ¡Robots!

—¿Esto es de verdad? ¿Estoy soñando? —dijo asustado.

—No estás soñando, Billy —respondió el abuelo.

—¿No será una broma?

—siguió la abuela.

—¡No lo creo, abuela!

«Señores, no lo van a creer. Estos robots se están acercando a la ciudad. De hecho, algunos



ciudadanos hablan de que se están subiendo a los edificios... Tengan mucho cuidado, señores, porque...».

Y..., ¡pum!, la televisión se apagó. De repente. Pero no solo eso, el edificio por completo empezó a temblar. ¿Qué ocurría?

—¡Aaah! ¡Casimiro!

—Tranquila, cariño, saldré a ver qué pasa —dijo el abuelo.

La abuela estaba muy nerviosa, y la verdad es que yo estaba aterrado. Pero no podía dejar que el abuelo saliera solo, así que me arrimé a él.

—¿Qué haces? —me preguntó.

—Abuelo, voy contigo.

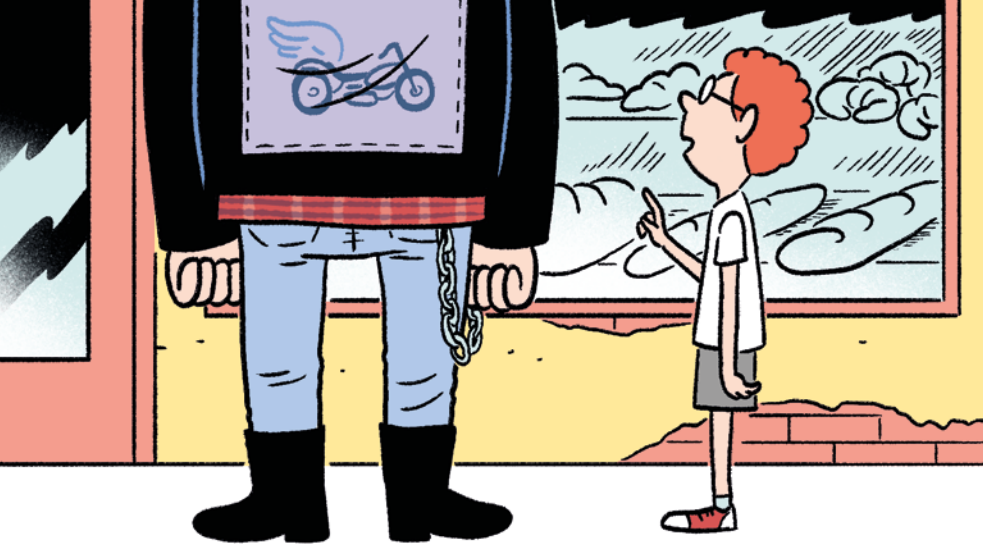
—Puede ser muy peligroso.

—Lo sé, pero necesitas ayuda... Además, ¿quién sabe más que yo de robots? He visto la última película de *Action Robots*. Lo sé todo.

Aquella respuesta no pareció convencerlo del todo, pero me dejó ir con él. Esto era una aventura de verdad. ¡Era increíble!

Mi abuelo abrió la puerta de casa muy despacio para no hacer ruido, como siempre hacen las puertas viejas y antiguas. Bueno, la casa de mis abuelos no es muy nueva ni grande, pero es preciosa. Es un chalet de madera que se encuentra en uno de los barrios a las afueras de la ciudad. Mi abuela dice que al principio ellos eran los únicos del vecindario, pero que ahora viven muchas más familias. Luego siempre añade: «Y vinieron los *rockeros*». Es muy graciosa porque llama *rockeros* a unos motoristas que siempre aparcan cerca. Tienen un club o algo parecido que se llama Los Motoristas Voladores.

A mí me dan un poco de miedo porque siempre van vestidos de negro y llevan unas barbas larguísimas. No sé, parecen piratas. Una vez, cuando fui a comprar el pan, me encontré con uno de ellos justo en la entrada de la panadería. Yo no sabía si quería entrar o solo estaba mirando el escaparate de pasteles, pero era tan alto y tan grande que ocupaba toda la



puerta y yo no podía pasar. Entonces, bueno, lo intenté. Intenté pasar por un lado y por otro, pero no cabía.

—Señor, ¿me deja? —dije muy bajito. Por supuesto, no me oyó, así que volví a repetírselo una y otra vez. Pero no hubo forma. Aquel señor, al que solo podía ver de espaldas, estaba mirando los pasteles uno por uno. Le costaba decidirse. Así que se me ocurrió la peor idea del mundo. Me agaché e intenté cruzar a gatas por entre sus piernas. ¿Podéis imaginar lo que pasó? Pues que, cuando intenté levantarme, me tropecé con sus pies y, para no caerme, extendí la mano para agarrarme a algún sitio.

—¡Aaah! —gritó aquel hombre—. ¡Mi barba, suéltala!

Yo no me había dado cuenta, pero me había agarrado a su barba, que era gigante. En ese momento casi lloro de miedo. Aquel gigantón vestido de negro llevaba una barba como la de un pirata.

—¿Quieres soltar mi barba? —me dijo aquel hombre de nuevo.

—Oh, perdón, perdón... —En ese momento pensé lo peor, que me agarraría, me daría la vuelta y me retaría a una carrera de motos mortal... O algo parecido—. Señor pirata..., yo.

—¿Pirata? —dijo aquel hombretón, y comenzó a reírse a carcajadas. Tanto que arrancó a toser y casi se atraganta. Luego me dio una palmada en la espalda y me dijo:

—¡Qué gracioso eres!

Y se fue. Así, sin más. Él se rio, pero a mí me dejó aterrado. Luego les conté la anécdota a mis abuelos y desde entonces a mi abuela le caen algo mejor los *rockeros*, como ella los llama.